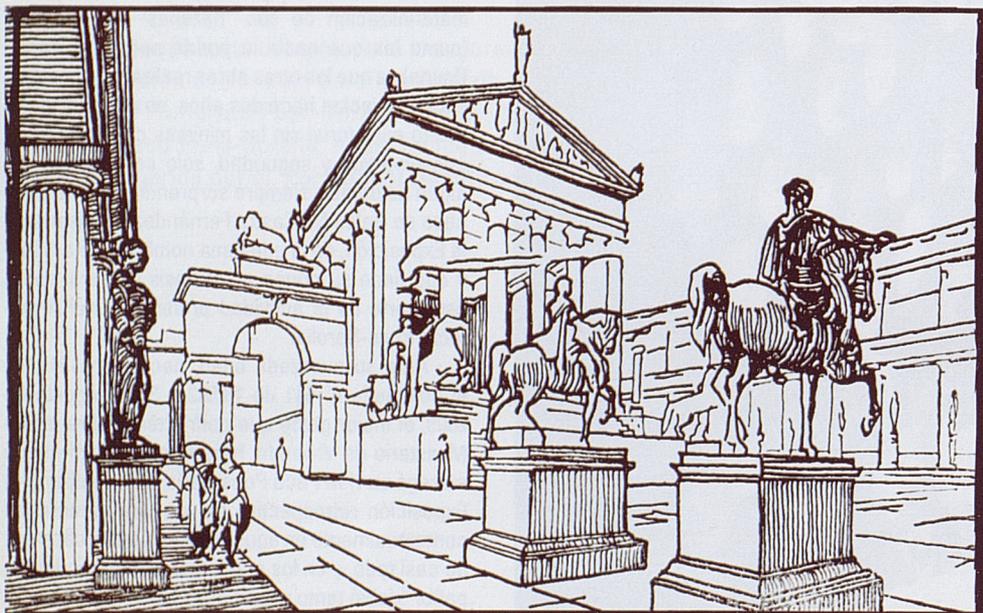


LA BELLEZA EN LAS CONSTRUCCIONES

POR F. PONS SOROLLA. ARQUITECTO

Texto transcrito literalmente del artículo aparecido en marzo de 1949, en número 9 de la revista Informes de la Construcción, editado por el Instituto Técnico de la Construcción del Patronato "Juan de la Cierva Codorniu" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

déjame que te cuente



Hemos leído en la revista norteamericana "Architectural Record" una conferencia del arquitecto Joseph Hudnut, pronunciada en la universidad de Michigan. En ella se pretende estudiar el concepto de belleza en las construcciones, determinando los factores que pueden servir para medir la belleza. Comienza el autor hablando de la "forma" como una de estas medidas, identificándola con los conceptos de unidad dentro de una variedad de elementos y de "red de relaciones tridimensionales ocupando espacio y con espacio alrededor". Define los estilos o grandes tradiciones de la Arquitectura como síntesis de conjuntos de ideas y formas sometidas a selección y cada una de las cuales ha alcanzado su ideal de la forma, exponiendo —con notoria inexactitud, según nuestro criterio— que, como ejemplo, el efecto "teatral" del barroco es resultado de la deficiencia en la manera de tratar superficies y materiales. Estudia la belleza dimanante de las fuerzas vivas de la estructura y de la habilidad técnica en el

empleo de materiales, para añadir que la "expresión" de la obra —melancolía que puede evocar una iglesia, el carácter de Washington en su monumento o la decadencia del arte de la ópera que expresa el edificio de la Ópera de Chicago— es el factor en que reside la raíz más pura de la belleza.

Tras identificar la belleza de la Arquitectura de nuestra época con la expresión de ideas científico-sociales de hoy, dice que "los edificios son criaturas vivas que crecen, que obedecen a cambios sociales, económicos y políticos, siendo en todo instante la Civilización la que modela a la Arquitectura. Y cuando las construcciones arquitectónicas responden a estos imperativos de la Civilización y a las circunstancias del ambiente, se las puede denominar bellas".

Por último, reforzando su concepto intelectual de la belleza, considera como un último aspecto de ésta el que imprime el tiempo en los edificios cuando pasan a ser motivo de evocación de pretéritas grandezas.

Sin pretender rebajar el interés de la conferencia reseñada, y aunque su tema quede al margen del campo apropiado a esta Revista, hemos creído necesario exponer algunas consideraciones y sugerencias.

EL PROBLEMA GENERAL.

El tema de la belleza en el Arte se trata frecuentemente con harta ligereza por su misma calidad de cosa indemostrable. No es fácil encontrarse con quien, sin tener conocimiento de matemáticas elementales, escriba un artículo dando ideas para la resolución de un sistema de ecuaciones diferenciales, ni aun se permita hablar del tema; pero ¿cuántas personas, entre los miles de millares que contemplan los edificios de una ciudad o visitan un museo, se consideran incapaces de emitir un rápido y rotundo juicio sobre la belleza de cada edificio o cada cuadro y escultura? En verdad, muy pocos. Y aunque pudiera parecer otra cosa, no hay más personas de espíritu capaz de reaccionar finamente ante la belleza que entendidos en cualquier complicada disciplina intelectual o científica.

Pero hay más: si uno de vuestros amigos os dice sinceramente que el Partenón es un horrendo edificio o la "Anunciación" de Fra Angélico un cuadro feo, ¿seréis capaces de demostrarle que está equivocado? De nada serviría vuestra erudición de grandes conocedores y críticos de arte; si algo conseguís será gracias a vuestro convencimiento y pasión al hablarle, pero no hay demostración ante el sentimiento puro. Este es el drama y la excelsitud del Arte. El orgullo justificado de los grandes artistas pretendiendo hacer canon de su sentir y el deseo insensato de los investigadores del arte de todas las épocas buscando el medio de incluir la belleza entre los conceptos capaces de ser encerrados en leyes, nos han legado un inmenso caudal de ideas que ha servido para demostrar, eso sí, la inutilidad de su empeño. Vemos cómo a lo largo de la Historia, una misma obra de arte, un estilo, un hecho estético cualquiera, pasa sucesivamente de la más encendida admiración al odio despreciativo, al

olvido, para volver periódicamente a ocupar un primer puesto en la admiración de las gentes..., pero "vuelve". Sin embargo, los artistas y las obras que "vuelven" son pocos. ¿Por qué sobrenadan en el océano de lo perecedero, antaño llamadas de sublime hermosura, ayer feas y hoy nuevamente adoradas? Nos atrevemos a decir: porque contienen, en sí, principios puros capaces de hacer sentir la belleza. Esta belleza será sentida por una amplia colectividad, una minoría o una época, cuando la espiritualidad de esos núcleos humanos coincida por primera vez o en ciclo de recurrencia con la espiritualidad del creador, que podrá o no ser la de la época en que fue creada.

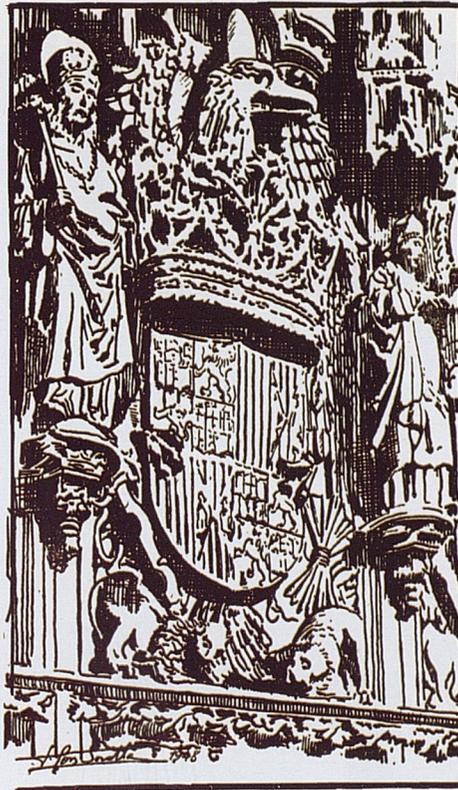
Líbrenos Dios de la tentación de "clasificar" los principios capaces de producir el sentimiento de belleza. Todos y cada uno de los elementos de una obra de arte pueden lograr este fin.



EL PROBLEMA EN LA ARQUITECTURA.

La Arquitectura es la única de las Bellas Artes en que —salvo el caso aislado de los monumentos puramente conmemorativos— buscamos el logro de un fin práctico a la vez que bello y, en todo momento, el Arte y la Técnica científica han de hermanarse estrechamente para lograrlo.

Un concepto muy mezquino de la idea de belleza ha creado con frecuencia el equívoco de una incompatibilidad realmente inexistente entre las soluciones ajustadas a la necesidad y el progreso técnico, es decir, las soluciones funcionales en el más amplio sentido de la palabra, y la libertad requerida para la concepción artística de la obra arquitectónica. De aquí han surgido los defensores de la "belleza estructural", del "volumen por sí mismo" y de la "expresión abstracta de la idea que preside la construcción" frente a las llamadas viejas concepciones de la Arquitectura.



Antes de seguir adelante puntualicemos tres ideas:

1ª No hay que confundir "concepciones viejas" con "concepciones malas", que son comunes a toda la historia de la Arquitectura.

2ª No es lo mismo buscar humildemente la belleza al proyectar una solución práctica y funcional, sin hacer concesiones a nada superfluo, que proyectar esta construcción sin tener la menor capacidad estética y después pretender demostrar que es bella porque cumple su misión; esto es condición necesaria, mas no suficiente.

3ª Las grandes obras de la Arquitectura contienen en sí mismas suficiente concentración de cualidades bellas para admitir explicación desde cualquier punto de vista.

A nuestro modo de ver es, efectivamente, la expresión de la obra construida, su sentido, lo que nos da la mejor interpretación de su belleza, pero no la expresión de un concepto intelectual ajustado a la explicación forzada o supeditado a la evocación romántica o filosófica, sino que es la expresión del alma de su autor, de su esfuerzo y de su victoria sobre los materiales inertes que la componen, la expresión que brota de esos principios puros de Arte, Técnica, Sabiduría, a que antes hicimos referencia.

Por eso, ante mil edificios de un "estilo", expresando todos el espíritu de su época, sólo permanecen los creados por quien poseía ideas y sentimientos propios, sin plagio ni concesión, aunque siempre estén en pleno combate a través de los tiempos, unas veces bajo sombrío cielo de tormenta y otras acariciados por blando céfiro.

De cuanto llevamos apuntado, fácilmente deduciremos que no puede existir pugna real entre

unos caminos u otros para lograr la belleza. ¿Qué diferencia hay, en esencia, entre la belleza de un edificio barroco o la desnuda serenidad de una estructura de hormigón? Ambos pueden ser hermosos o despreciables, según expresen o no una "verdad" de su autor, un contenido elevado, nuevo por su vitalidad propia, no por su pretensión inventiva. No olvidemos la lección siempre repetida por la Historia: no se inventan estilos nuevos y formas nuevas de belleza por intentos personales y deliberados, sino como resultado involuntario y colectivo determinado por circunstancias superiores al designio de cada uno. Parece inútil que tratemos de expresar nuestra sensibilidad por medio de formas y estructuras inéditas; ello vendrá cuando menos lo pensemos, cuando, como dice d'Ors, no tratemos de otra cosa que verter el vino nuevo en odres viejos.

Los medios de que el arquitecto se vale para expresar su sentir y su valer son de máxima amplitud y el avance científico constante, tanto en materiales como en métodos de cálculo, da lugar a la aparición de formas nuevas —técnicamente hablando—, que son nuevas palabras con que expresar nuestro sentimiento de la belleza, aunque nunca nuevas formas de belleza por sí mismas.

Antes apuntamos, refiriéndonos al Arte en general, la imposibilidad de clasificar los principios capaces de producir la belleza. ¿Qué diremos en el campo de la Arquitectura? Los volúmenes, con sus incalculables posibilidades en el espacio, el color, el sonido, el ritmo, la proporción, el manejo de la luz, la calidad y modo de tratar las superficies, son por separado y en sus innumerables combinaciones, factores todos que manejamos para el logro final.

Hacer con todo esto una construcción bella que cumpla sus fines primordiales y exprese un elevado sentir es la misión del Arquitecto. A ello ha de entregar sus mejores esfuerzos para que su obra, infundida de vida, proclame por medio de la expresión de su alma la grandeza de un monumento de la Civilización. •

